

# Azucarito

Fernando Esteban Canticus Nastacuas

Estudiante de Comunicación Social

Segundo puesto

—¡Mamá, ayúdame!, mamá, aún no estoy listo. Mamá Socorrito, me habías prometido que en mi cumpleaños me ibas a enseñar hacer envueltos de yuca con queso —dijo Juanito, con un tono de voz apagado, mientras el gentío del pueblo Armadillo, vestidos con botas y carpas de lluvia, se asomaba con zozobra y curiosidad por ver qué había sucedido en las orillas del río Chagüi.

—Mi Azucarito, tranquilo, toma mi mano... tu mamita te va a enseñar cómo hacerlos; los vamos a preparar. Vamos a calentarnos con la candela del fogón mientras esperamos a que estén listos, y por la tarde nos comeremos unos —dijo Socorrito, mientras sus lágrimas se confundían con la lluvia del atardecer del 13 de junio de 2005.

—¿Y le darás también a mi Iguanita? —preguntó Juanito.

— Claro, ella será la primera en probarlas —respondió Socorrito.

—¡Ay!, mi Iguanita, de seguro me extraño estos tres días. ¡Dile que le mando saludos, que la quiero mucho y que nunca la voy a olvidar!

— Mi amor, mi Azucarito, pero no, señora, debemos llevarlo, urgente, no perdamos tiempo muchachos, súbanlo, —fue interrumpida doña Socorrito por un paramédico de la Estación Hospitalaria la Nueva Esperanza.

—¡Yo también quiero ir! —exclamó preocupada.

— Suba, señora, rápido —respondió el conductor de la ambulancia.

La ambulancia salió rápidamente, abandonando el rastrojo del río Chagüi.

—Mamá, me dolía, me hacía daño, se sentía como cuando las gallinas picotean, era él... —dijo Juanito, cuando su respiración se cortaba y sus ojos miraban un lugar fijo con sus pupilas dilatadas.

—¡Enfermero!, se está yendo, ayúdenlo —gritó Socorrito.

—Mi Azucarito, aquí estoy, no te vayas, por favor, no me dejes sola. Tú eres el sentido de mi vida, eres tú, no no no no, no te duermas, ¡mírame! —exclamó doña Socorrito con desesperación mientras los brazos que sostenían se deslizaban, dejándolos solos. Una luz iluminó su rostro cuando observó caminar a su esposo, don Mérito, caminando de la mano de Juanito. Todo se tornaba de amarillo, la neblina bajó hasta el suelo, los árboles bailaban y cuerpos de luces descendían desde lo alto. Esa era la señal de que Juanito ya no estaba aquí, sino allá, en el otro lado.

Había tanta luz que a doña Socorrito le provocaba piquiña en el rostro, sudaba frío al ver que en el horizonte desaparecía Azucarito acompañado de su esposo; eso la arrojaba a un pozo de melancolía y días oscuros. De pronto escuchó que el gallo colorado cantó y su cuerpo se esfumó, haciéndola despertar de esos sueños donde uno suda, se remuerde y hace rechinar los dientes. Ella tiró las sábanas y salió corriendo hacia el cuarto de Juanito, él no estaba, su cama estaba intacta, los zapatitos y aquella mochila naranja con sangre colgados en una cabuya verde que se extendía de esquina a esquina.

Desayunó pan con mermelada de fresa y un vaso de agua, porque el lechero no había pasado silbando como acostumbraba y, por ende, no había comprado leche. Se peinó y usó un vestido negro con franjas blancas, cubrió su cabeza con un sombrero hecho de tetera, agarró sus sandalias y partió al centro del pueblo.

A las 12 p. m. asistió a misa de la parroquia Santísima Virgen de la Aguapanela, patrona de los paneleros, oró y rezó por las almas de sus seres queridos, especialmente por la de Juanito. Al terminar la santa misa salió, pero el padre Francisco de lejos la gritó:

—¡Doña Socorrito, espere! —exclamó el padre cuando intentaba alcanzar por el pasillo de la parroquia a Socorrito.

—¿Cómo está, mi señora?, espero que bien —preguntó el sacerdote, amablemente.

— Qué quiere que le diga, de ‘maravillas’ cuando aún la muerte de mi querido Juanito está en impunidad y el asesino anda por ahí, quién sabe, paseándose tranquilamente por el pueblo —respondió alterada Socorrito, haciendo que las demás personas la escucharan.

—Lo sé, Socorrito. El caso ya lo está investigando la policía, pero ella vino y quiere ubicarla, ella me preguntó por su estado de salud y de paso me comentó que quería visitarla esta semana

—dijo el padre Francisco, nervioso, pues sabía que no era de buen gusto la razón para Socorrito.

—¡Qué, no se atreva acercarse esa mujer cuando yo esté en el mercado, en la iglesia y peor en mi casa! Y padre Francisco, si vuelve, dígame que no me busque, que para ella yo estoy muerta como mi Azucarito —respondió con carácter.

Doña Socorrito se despidió del padre Francisco, salió de la parroquia hacia su casa, iba cruzando la diagonal 16 del pueblo cuando por accidente se topó con Josefa Esmeralda. —Buenas tardes, señora Socorro. Una voz carrasposa le invadió su espacio y después la agarró del brazo.

—Qué quiere Josefa, usted es una mujer que no tiene dignidad ni amor. Usted está seca por dentro, yo no sé quién es usted, la desconozco, porque yo así no crie a mis hijos, una madre sin ternura, que deja abandonados a su hijo no es una madre ni un ser humano. Usted no se merece nada ni siquiera el perdón la santísima Virgen de la Aguapanela —exclamo Socorrito mientras la presencia de Josefa le calentaba la sangre.

—¡Agh!, mamá, sabes muy bien, que esos días yo no pude —es interrumpida por Socorrito —¡No pudiste!, porque mientras tu hijo estaba desaparecido ya casi tres días, tú te dabas los lujos de tomarte tragos con tus amigas y despilfarrarte en rumbas, allá en la esquina de los Guacharos Cerveceros. Es más, después del suceso de mi Azucarito no te has atrevido ni a irlo a visitarlo a su tumba, ¿qué tipo de persona eres? No me vuelvas a buscar nunca más —enfurecida, se alejó de su hija, mientras vio al lechero sentado a las afueras de la I.E.M Panelera de Chagüi.

—¡Lechero!, mañana pasa por mi casa para comprarle leche, por favor —dijo Socorrito al señor lechero de contextura gruesa, con una catarata en el ojo izquierdo, barba larga, lunares rojos y verrugas en el cuello.

A las 8 p. m., Socorrito, cerró los ojos y no demoró mucho cuando su cuarto se tornó de azul, se llenó de flores, sus sábanas se convirtieron en pasto verde, las almohadas en troncos, la lámpara en un sol radiante y el techo en un cielo con nubes esponjosas. Toda su casa se había sublimado en un lugar donde las estrellas brillaban y los niños podían jugar. Ella estaba feliz, y solo pensaba que estaba en el otro lado, pero desde lo más alto del cielo, Socorrito empezó a escuchar mugidos, que después de unos minutos pasó a ser el sonido de un río, tres minutos después el cielo se tornó de un lienzo oscuro, era el indicio de una feroz tormenta, escuchó el grito de un niño y la risa de un adulto. En aquel mundo donde estaba Socorrito había mucho bullicio que la desorientaba y la preocupaba al no poder identificar las voces de las personas.

Al día siguiente, Socorrito prendió un velón en nombre de Azucarito, mientras esperaba que el lechero Antijudo pasara por su casa.

—Buenos días, doña Socorrito —de lejos saludó y silbó el lechero.

Cuando Iganita sintió la presencia del lechero, salió despavorida a ladrarle.

—Iganita, tranquila es el lechero, nuestro vecino —dijo Socorrito mientras le pagaba un litro de leche al señor Antijudo.

En el otro plano estaba Azucarito en un árbol gigante, acobijado del calor del fuego del velón que había encendido su abuela Socorrito, mientras su abuelo Mérito doblaba su ropa y lo alistaba para pasar el manantial del aura.

—Mijito, Juanito, es hora de irnos. ¿Miras esos barcos de papel?, en ellos nos vamos —dijo Mérito con una sonrisa amable.

—Para dónde abuelo, aquí estoy bien —respondió Juanito, mientras el árbol soltaba un aire de paz y de él surgían dientes de león.

—Sabes, mijito, este no es nuestro mundo, debemos cruzar el puente del aura para que nuestra alma tenga un reposo más pacífico, las almas que se quedan aquí solo son almas en penas, ven, vamos —dijo animadamente Mérito.

Los dos se sujetaron de la mano y cruzaron el manantial del aura, pero cuando ya iban a llegar al otro lado, Juanito volvió a aparecer en el mismo lugar del árbol grande, parecía como que si el recorrido no existiera.

—No sé qué pasa, mijito. Se supone que cruzas el manantial y ya, no sé cuál es el problema. Ay, ay, santísima Virgen de la Aguapanela. Claro, el manantial no te va a dejar cruzar si en tu lecho de muerte, no alcanzaste a completar lo que le ibas a decir a esa persona antes de tener el último suspiro. Esto pasa cuando deja las cosas incompletas, niño mocoso —dijo Mérito, mientras Juanito intentaba recordar que era lo que había dejado incompleto.

—Ah, ya sé, a mi mamita Socorrito le iba a decir quién fue la persona que apagó mi luz, pero el tiempo no me alcanzó, yo creo que eso a ella no la deja en paz y a mí tampoco —dijo Juanito, sorprendido.

Desde ese entonces, don Mérito planeo un plan para poder conectar con el mundo terrenal y hacer que su nieto complete lo que le iba a decir a su abuela Socorrito.

—Mijito, Juanito, cuando tu abuela cierre los ojos y la luz de la luna ilumine el camino hacia el pueblo de Chagüi será muy fácil conectar con Socorrito, entonces le dices lo que le iba a decir antes de morir, y si necesitas mi ayuda, no dudes en llamarme. Buena suerte, Juanito, te estaré esperando —dijo el abuelo Mérito.

Esa noche llegó, el pueblo de Chagüi estaba iluminado por la luna, amplia como un faro celestial que derramaba su resplandor plateado sobre las calles adoquinadas y las siluetas de las montañas que se recortaban majestuosamente en el horizonte.

Juanito se arrodilló en la cama de su abuela, le tocó el cabello blanco, sus manos calienticas y fue ahí cuando le susurró: —¡Mamá, me dolía, me hacía daño, se sentía como cuando las gallinas picotean, era el lechero Antijudo. Sí, ese señor fue el que me hizo daño. Él me llevó con engaños después de haber salido de la I.E.M Panelera de Chagüi. Me tuvo amarrado aguantando hambre, sed y frío. Él se reía de mí, me escupía y decía que Josefina Esmeralda había vendido a él por unos simples tragos. Mamita Socorrito, gracias por todo, por tu amor, cuidado y protección, lo hiciste bien. Esta es mi despedida, mi abuelo Mérito me espera, por cierto, él ya me enseñó a hacer envueltos de yuca y me quedaron riquísimos. ¡Te amo! Chao.

Cuando ya había Juanito terminado de despedirse, se estremeció al no encontrar a Iguanita en su lugar habitual. Con preocupación, buscó por la casa y el patio trasero, hasta que sus ojos se posaron en una escena aterradora. El lechero Antijudo tenía a Iguanita atada y parecía estar a punto de hacerle daño.

Juanito no dudó en llamar a su abuelo Mérito para que le diera una lección.

—¡Con qué metiéndose con la vida de los niños y ahora con la de los animalitos, esto es inhumano! — exclamó enfurecido Mérito.

Y lo atacó con agua del manantial del aura, haciendo que su ojo derecho tuviera una catarata, dejándolo ciego de por vida. El lechero de la desesperación salió corriendo sin saber por dónde iba pisando cuando un pie en falso lo destinó a caer a un acantilado.

Juanito abrazó con todo el amor del mundo a su perrita Iguanita y le aconsejó siempre acompañar a su mamá Socorrito.

Iba ya amanecer y la hora de irse se hacía más fuerte. Don Mérito le dio un beso en la frente a su esposa y se despidió, cuando de pronto los dos escucharon decir a doña Socorrito dormida:

—¡Mi Azucarito, mi Mérito, gracias por todo, los amo!

Los dos se rieron, se abrazaron y una luz amarilla los desapareció.